

A MAL TIEMPO... ¡A TOMAR POR SACO!
(SOBRE *LO NIEGO, ME NIEGO, RENIEGO*, DE JESÚS CAMPOS GARCÍA)

IGNACIO DEL MORAL

LOS EXTRAÑOS TIEMPOS QUE ESTAMOS VIVIENDO pillan al maestro Campos en buena forma: siguen intactos su sentido del momento y el lugar y su capacidad de respuesta al absurdo cotidiano.

Y una vez más, contraataca a los embates de la actualidad con las armas que mejor maneja: el humor negro y la ferocidad.

Las obras de JC siempre sorprenden por la agilidad de los diálogos, en los que nos reencontramos con lo mejor de la escuela de ese humor sin gags ni chistes propios del teatro cómico de nuestro siglo xx. Ese humor digamos *conversacional* que cultivaron, desde otras posturas ideológicas, nuestros predecesores comediógrafos de la *otra Generación del 27* (Mihura, Jardiel, Rubio, Tono...), a través de autores como Paso, Alonso Millán y también Alonso de Santos, además de humoristas como Gila o, más recientemente, Faemino y Cansado. Un humor que se basa en la permanente subversión de lo adecuado, de lo previsible y convencional en un diálogo, en réplicas inesperadas y desconcertantes que, sin embargo, no alteran el perfecto orden de la situación y no provocan reacciones equivalentes en el interlocutor. Un humor que, poco a poco, va siendo reemplazado por otro tipo de comedia más *neurótica*, más anglosajona, más basada en una cierta exageración.

Arranca la obra, como otras de Campos, con un cierto misterio: un hombre se dispone a saltar de una cornisa, sin que sepamos por qué. La aparición de una serie de personajes, algunos de los cuales quieren disuadirle, pero otros obran movidos por motivaciones más sospechosas (obtener fotos, disfrutar del espectáculo), culminando con la de la

difunta madre del suicida, que le anima a tirarse para poder tenerlo de nuevo a su lado, va propiciando situaciones plenamente inmersas en el absurdo, que culminan en una violencia igualmente absurda, guiñolesca, que también encontramos en el remate de otras obras de nuestro autor.

La violencia escénica, a diferencia de la cinematográfica, siempre tiene algo de irreal: junto con el sexo, es el momento teatral en que más hay que apelar a la «suspensión de la incredulidad» del espectador. Ni el sexo ni la violencia pueden resultar realistas en el teatro. De ahí que siempre se conviertan en metáfora o en la expresión de un cierto deseo: En el caso de la violencia, ese legítimo impulso de acabar con todo (y con todos) cuando la situación parece no tener salida: por absurda, por injusta, por desordenada... O, simplemente, por incompetencia: ni siquiera puede uno suicidarse como Dios manda, porque los bomberos no llegan a tiempo, el escenario se llena de niños, o la vecina se empeña en colocarse en el punto previsto para la caída con su asqueroso perrito.

Los personajes de Jesús Campos, con cierta frecuencia, acaban sucumbiendo a ese impulso de destrucción. Sus intentos de hacer del mundo, o al menos de sus vidas, algo coherente y vivible, o al menos de comprenderlo para ser capaces de vivir en él chocan con la obstinada de la realidad, encarnada por la nada inocente incompreensión de los demás, cuando no por la rebelión del entorno físico, fracasan y abocan a los personajes a la catástrofe, como en los viejos espectáculos de títeres que, lejos de proponer finales moralizantes, acababan con los *curritos* repartiéndose leña a diestro y siniestro (y bien siniestro). Todo ello sin perder la inocencia, como en el caso de nuestro Contreras, que, como los niños que no consiguen coronar la torre de sus piezas de madera, deciden abatirla como dioses vengativos o más bien frustrados: «¡A tomar por saco!», parece ser el resumen de lo que hemos visto.

¿Tiene nuestro amigo Campos ganas de mandarlo todo a tomar por saco? Yo creo que no, que deja en manos de sus personajes la sublimación de esos deseos de ponerlo todo patas arriba, mientras él sigue tratando de, al menos, comprender el mundo que le ha tocado vivir y reivindicar, mediante sus brillantes trabajos, su lugar en él.

DICIEMBRE DE 2022